



Cuadernos de pensamiento 37

Publicación del Seminario «Ángel González Álvarez»
de la Fundación Universitaria Española
Número monográfico sobre Interioridad humana.
Presencia, conciencia y educación
Año 2024



María Zambrano, una filósofa de la maternidad

Maria Zambrano, a philosopher of motherhood

MANUELA MORETTI¹

Università degli Studi di Trento (Italia)

ID ORCID 0000-0003-0591-8681

Recibido: 19/02/2024 | Revisado: 01/03/2024
Aceptado: 16/04/2024 | Publicado: 30/12/2024
DOI: <https://doi.org/10.51743/cpe.476>

RESUMEN: El intento de este trabajo es mostrar que es posible referirse al pensamiento de María Zambrano como a una “filosofía de la maternidad”. Frente a toda una tradición filosófica que ha reconocido la muerte como el rasgo distintivo del ser humano, la filósofa no sólo desplaza su atención hacia la otra condición ontológica del ser humano –su ser “natal” y no, sólo, “mortal”– sino que también muestra cómo este cambio de paradigma permite sacar a la luz un pensamiento auténticamente generativo. Un ejercicio de coherencia con la realidad misma que permite al hombre volver a

¹ (manuela_moretti@hotmail.com) Manuela Moretti es doctora en Filosofía en la Universidad de Trento (Italia) y en Ciencias Religiosas en la “Facoltà di Teologia di Lugano”, Università della Svizzera Italiana” (Suiza). Actualmente colabora con la editorial italiana *Morcelliana* y con la Universidad y el Conservatorio Bonporti de Trento (Italia). Cuenta con diferentes traducciones, ediciones y publicaciones científicas. Publicaciones recientes: (2024). La raya auroral de la escritura en la obra de María Zambrano, *Aurora: papeles del Seminario María Zambrano*, n. 25, pp. 68-75. (2021) (2024) *La filosofia della Nascita in María Zambrano*, pref. di Zucal, S., «Studi e Ricerche», 31, Università degli Studi di Trento Dipartimento di Lettere e Filosofia, Trento.

pensar desde la experiencia, a partir de las *entrañas*, término imprescindible del pensamiento de Zambrano que indica la realidad generativa y materna: se trata de una forma de inteligencia propia de la acción de la sensibilidad misma que actúa desde adentro y que indica, a la vez, fidelidad a la realidad y abertura hacia lo otro. Un pensamiento fecundo y femenino, el que se intentará esbozar aquí, cuya autenticidad hay que buscar en ese vínculo con la realidad que no excluye la trascendencia, y que nos permite reconocernos, ante todo, como *criaturas*.

PALABRAS CLAVE: criatura, María Zambrano, maternidad, nacimiento, trascendencia.

ABSTRACT: The aim of this paper is to show how it's possible to refer to Maria's Zambrano thought as a "philosopher of motherhood". In opposition to a whole philosophical tradition that has recognized death as the distinctive feature of human being, the female philosopher shifts her attention to the other ontological condition of human being – his "natal" and not just "mortal" being – but also shows how this paradigm shift allows an authentic generative thinking. An exercise of coherence with the same reality, that allows us to think again from the experience, from the *entrañas*, an essential of Zambrano's thinking that indicates the generative and maternal reality: it is an intelligence of the sensibility's action itself that acts from the inside and indicates, at the same time, fidelity to reality and opening to the alterity. Then, we will try to draft a fruitful and feminine thought, where authenticity must be sought in a link of a reality that does not exclude transcendence, and allows us to recognize ourselves, above all, as creatures.

KEYWORDS: María Zambrano, motherhood, transcendence, birth, creature.

1. INTRODUCCIÓN

Es posible, sin temor de caer en vacías categorizaciones, referirse a María Zambrano (Vélez-Málaga 1904 – Madrid 1991) como a una "filósofa de la maternidad". Para adentrarse en el tema, quisiera mostrar ante todo la necesidad de situar el pensamiento de la filósofa malagueña dentro de un horizonte de pensamiento que pone el nacimiento en el centro. Frente a toda una tradición filosófica que ha reconocido la muerte como el rasgo distintivo del ser humano, la filósofa española desplaza su atención hacia la otra condición ontológica del ser humano –su ser "natal" y no, sólo, "mortal"– proponiendo, en

este sentido, un verdadero cambio de paradigma (Cf. Zucal, 2017, p. 431). Un nuevo enfoque, el que aquí proponemos, que nos permite adentrarnos adecuadamente en la generatividad del pensamiento de la filósofa española y que reconoce principalmente el hombre como “un nacido, un ser nacido viviente” (Zambrano, 2007, p. 160).

La muerte ha sido para el pensamiento occidental una verdadera obsesión, con raíces muy antiguas, que encuentra en el pensamiento contemporáneo en general y en Martin Heidegger en particular, una de sus máximas expresiones. Una crítica, la que Zambrano traslada al filósofo alemán, cuyas raíces podemos encontrar en la falta de distinción entre la situación y el sentir. Como afirma la filósofa española:

“[...] creemos que el haber tenido en cuenta únicamente la situación ha conducido a una mente como la de Heidegger en una dirección que le llevó a definir la situación última del hombre sobre la tierra – y él no ha intentado traspasarla – como “el ser para la muerte”. Heidegger partió del “estar aquí” como lo de más radical del ser humano. Sin duda alguna que señaló un sentir que la acompaña, el de sentirse aherrojado, lanzado, echado afuera diríamos. Mas este sentir es sólo un aspecto del sentirse vivo, nacido, siendo alguien del sentirse ser viviente como individuo irreductiblemente diferente. Pues que este sentir inicial se da también gloriosamente, en un asombro total único que ningún otro acontecimiento puede despertar. El sentirse “aquí” a la manera heideggeriana prepara ya que sea la angustia el encuentro decisivo entre el hombre y la nada y bajo ella el ser sin más. Justamente de este encuentro se ha retirado la vida, nada menos que la vida y la gloria que congénitamente la acompaña. Y el hecho entre todos de haber nacido”. (Zambrano 2007, pp. 159-160).

Sin desconocer la angustia como sentimiento propio del hombre, María Zambrano nos muestra aquí una perspectiva que nos permite retomar una esperanza cuyo origen se origina justamente desde ese mismo sentimiento negativo. Sin negar la profunda inquietud que permea nuestra existencia, sino al contrario, adentrándose en sus abismos, la filósofa española muestra la posibilidad de una esperanza que alberga bajo esa misma angustia y habita en la profundidad del ser humano, en ese “sentir originario” (Zambrano, 2007, p. 159) que, paradójicamente, muestra nuevos horizontes de esperanza. Sola-

mente adentrándose en los abismos de la realidad oscura y generativa, el hombre podrá nacer nuevamente en una nueva luz, en ese encuentro que nos abre a la vida misma.

Por lo tanto, en el reconocimiento del vínculo que une el hombre a la realidad será posible considerar positivamente la originaria vulnerabilidad del ser humano, de forma que el hombre no se sienta “lanzado, echado afuera” (Zambrano, 2007, p. 159) a la manera heideggeriana, sino profundamente consciente de su naturaleza relacional. El nacer, entonces, como destaca también Jaime Llorente en su *Filosofía y fenomenología del nacimiento. Hermenéutica de una presencia inmemorial* “señala [...] en la dirección de una posible *hermenéutica de la pasividad*” (Llorente, 2023, p. 77) donde el evento natal constituye un incondicionado acto de pasividad.

Es justamente desde este enfoque que podemos adentrarnos en el pensamiento generativo de María Zambrano, desde la fidelidad a ese *sentir originario* que indica el punto de partida de todos los sucesivos sentires, reconociendo desde luego el nacimiento como circunstancia primaria que califica cada existencia. Un verdadero cambio de paradigma, el que aquí intentamos mostrar, que no solamente rescata la originaria alteridad contenida en el acto mismo del nacer, sino que nos permite seguir los cauces de un pensamiento que no ha renunciado al vínculo que une el hombre a la vida misma. Un pensamiento femenino y materno, el que Zambrano nos indica, que retenemos no pueda ser desligado de la breve experiencia de su maternidad ya que nuestra filósofa fue, en su juventud, también madre².

² Cf. Zambrano M. (2012). *Cartas inéditas (a Gregorio del Campo)*. Edición de M. F. Santiago Bolaños. Linceo, p. 104. Transcribimos aquí la carta con membrete de luto donde la filósofa escribe al hijo tempranamente desaparecido: “Nene ¿por qué te has ido sin despedirte de tu madre, por qué te has ido sin que tu padre te dé un beso? ¿hijito por qué te has ido donde tu madre no te puede ver, donde vas a estar solo? Aunque hayas ido al cielo ¿qué te importa a ti Dios y esa gente? no estarías mejor con tu madrecita que pronto iba a ir contigo. Nene, ¡qué solito estarás! ¿tendrás frío debajo de la tierra, echarás de menos tu cunita y tu toquillita blanca? Ay, si yo estuviera ahí te lo pondría todo, todo para que no tuvieras frío: tus faldoncitos que tu madre te hizo, toda tu ropita y te metería en tu cunita para que te siguiera arrullando y meciendo. ¿Me traerá mi madre un pelito tuyo, ese pelo tan negro que tenías, como el de tu padre? ¡Qué pena, si me aprieto los pechos aún sale leche, la leche que era para ti nene y que no llegaste a tomar! Nene, hijito mío, nene pequeñito, dónde estás por qué te has ido, di, por qué te has ido si eras muy guapo y tenías unos ojicos negros muy grandes llenos

Ese hijo, muerto prematuramente pocas horas después de haber nacido, debió marcar profundamente su pensamiento, obligándola, durante el resto de su vida, a pensar conjuntamente la muerte y la vida, en una paradoja donde era imposible continuar a detenerse. Rescatar del olvido, positivamente, el dolor de esa prematura pérdida nos permite entonces adentrarnos en el pensamiento auténticamente generativo que la filósofa nos ofrece, a través de un método donde el movimiento mismo del nacer ofrece una llave hermenéutica adecuada para adentrarse en sus profundidades.

2. LA CELESTE CORPOREIDAD DE LAS ENTRAÑAS

La necesidad de volver a pensar desde la experiencia, desde ese “sentir originario” (Zambrano, 2007, p. 159) anteriormente citado, encuentra, en la filosofía zambranianiana, su perfecta expresión en la palabra *entrañas*, ese “interior indescifrado e indescifrable” (Zambrano, 2018, p. 95) que indica la fidelidad a un pensamiento que no se ha divorciado del sentir. Se trata de un término en el que se percibe la influencia de Miguel de Unamuno, que utiliza esta palabra para indicar el lugar donde se origina, como la filósofa misma indica en el artículo *Unamuno en su centenario*³, una luz que surge desde el interior del hombre (Cf. Zambrano, 2021, p. 195). Si bien está claro el influjo del escritor y filósofo de origen vasco en el uso de este término por parte de María Zambrano, es necesario hacer una preliminar aclaración, que nos ayuda a mostrar el diferente significado que le otorgan los dos autores. Es importante desde luego subrayar como Zambrano, a diferencia de Unamuno, no se limita a indicar las *entrañas* dentro del conflicto entre externo e interno, en una dialéctica de opuestos, sino que nos invita a prescindir de toda oposición señalando un movimiento trascendente que no renuncia al vínculo que une el hombre a la realidad oscura y generativa.

de inteligencia, todavía los tendrás, nene, ya cerradicos; tu carita tan mona parecerá de cera, tus manitas chiquininas que sostenían tu cabecita cuando tenías un día, aquellos ojos que iban a la luz, nene pobrecito nene, ya no verás más la luz, la tierra caerá sobre ellos y una eterna oscuridad” (Zambrano 2012, p. 104).

³ Cf. Zambrano, M. (2021), *Unamuno*. Edición e introducción de Gómez Blesa, M. Debolsillo, pp. 195-197. Original de 1964.

Por lo tanto, con el término *entrañas* María Zambrano alude al lugar donde se origina un movimiento que es posible entender a través de la llave hermenéutica del nacimiento, allí donde la unión no excluye la separación, siguiendo una trayectoria que desde la misma matriz de la vida misma trasciende sin desligarse nunca de ese vínculo que nos une a la realidad oscura y materna. La filósofa nos indica así una forma de inteligencia que es propia de la acción de la sensibilidad misma y que, actuando desde adentro, justamente desde las *entrañas*, señala al mismo tiempo una imprescindible abertura hacia lo otro.

A través de este término que, en la tradición literaria, se utiliza para indicar la parte más íntima y esencial de la mujer, María Zambrano nos abre a una nueva dimensión, capaz de unir inteligencia y sentir, y de establecer a la vez un punto de partida que es posible colocar simultáneamente *dentro y fuera* de la sensibilidad misma o del sentir originario del existente. La filósofa nos muestra, así, la necesidad de detenernos dentro de una paradoja, donde es necesario pensar a la vez unión y separación.

Es en este sentido que podemos hablar de una “contradicción trascendente”, la misma que se realiza en el momento en que pensamos el nacimiento. Se trata de una “trascendencia de las *entrañas*” o, con las palabras de María Zambrano, de “un algo que está encerrado y la vez abierto hacia fuera” (Zambrano, 2018, p. 94), allí donde la unión no excluye la separación. Será, desde luego, en el reconocimiento positivo de ese vínculo originario que ata el hombre a la realidad oscura y generativa, que es fidelidad a la realidad y abertura a la vez hacia lo otro, donde se halla la fecundidad del pensamiento que la filósofa española nos ofrece. Un ejercicio de coherencia a la realidad misma, que permite al hombre volver a pensar desde la experiencia, desde las *entrañas*, sin excluir la imprescindible trascendencia que cada movimiento generador y generativo implica. Un método, el que aquí tratamos de esbozar, capaz de unir a la vez los más oscuros abismos con la trascendencia de los Cielos.

Como nos indica la misma filósofa en la parte final de su obra *Claros del bosque*, se trata de un proceso ascendente que invita al hombre a trascenderse a sí mismo sin olvidar nunca su corporeidad, en ese reiterado proceso del renacer donde es la vida misma la que triunfa:

Y ha de ser, habría de ser siempre la vida la que triunfe venturosamente cuando el ser viviente recae de sus cielos inmediatos. La vida con todos los infernales riesgos que la acompañan al rebrotar. Pues que la vida brota siempre hacia arriba, busca lo alto. Y el existir irrumpe, aunque no tenga enemigo, como una fiera y esquemática proposición, como un esquema que amenaza el ser viviente en este trance con su suerte de desencarnación, despegándole violentamente de su cielo, al que se ha adherido, llegando con él a fundirse, perdiéndose en el olvido de sí. Mas, cuando recae, si la vida triunfa, se condensa en torno a la llama que alimenta y sostiene todo el corporal. Y en la oscuridad de la vida de nuevo, no perderá del todo ese vagabundaje celeste. No se extinguirá por completo ese destello de una cierta celeste carnalidad o corporeidad. (Zambrano 2018, p. 158).

María Zambrano nos indica aquí la vía para que el ser no se pierda en el olvido, obligado, a la manera heideggeriana, a vagar en el inmenso mar de la existencia, sin posibilidad de arribo, alejado del fondo último de la vida misma. Es en el reconocimiento de la “celeste carnalidad” (Zambrano 2018, p. 158) aquí nombrada, en una corporeidad que no excluye la trascendencia, que hallamos la “trascendencia de las *entrañas*” anteriormente citada, en ese movimiento de transformación que, como una aurora, surge de la oscuridad sin olvidar el apego a la matriz oscura de la vida. Las *entrañas* a las que María Zambrano alude serán entonces, según sus propias palabras, “una aurora que será entraña a su vez, una entraña celeste” (Zambrano 2018, p. 158).

3. LA PENUMBRA SALVADORA

El germen primero de todo el filosofar de la pensadora española lo podemos hallar en la “penumbra tocada de alegría” (Zambrano, 2016, p. 428) de sus estudios juveniles, allí donde reposa un pensamiento generativo y fecundo que escoge, desde sus albores, la oscuridad como parte. Es en *Hacia un saber sobre el alma* donde la filósofa relata el momento en que surge en ella esta primera intuición, consecuencia de una grave crisis de la que emerge hasta la misma imposibilidad de seguir sus estudios de filosofía. Escribe Zambrano:

[...] un día inolvidable, del mes de mayo había de ser, por una de las rendijas del edificio de San Bernardo que daban a un patio y que era una cortina negra, entró un rayo de claridad: el profesor Zubiri explicó nada menos que las categorías de Aristóteles y yo me encontré, no dentro de una revelación fulgurante, sino dentro de lo que siempre ha sido mejor para mi pensamiento: la penumbra tocada de alegría. Y entonces, calladamente –en una penumbra, yo diría más que de mi mente, de mi ánimo, de mi corazón– se fue abriendo como una flor el discernido sentir que quizá no tenía por qué dejar de estudiar filosofía. Y así, como si de algo natural se tratara, aquel verano me sumergí en la Ética de Spinoza y en la 3a Enéada de Plotino. (Zambrano, 2016, 428).

Esta imagen, la penumbra tocada de alegría, que no posee la fuerza definitiva del concepto, sino la alegría de un nuevo *incipit*, traza el comienzo de su filosofar. La filósofa española nos enseña de esta forma la urgencia de acercarnos nuevamente el pensamiento a la vida, a la realidad generativa y materna, en el intento concreto de delinear un pensamiento vivo que se nutre de un lenguaje que surge desde la misma experiencia, sin caer en las jaulas de un pensamiento puramente abstracto. Si bien la filósofa utiliza el lenguaje poético como expresión de esa fidelidad a la realidad a la que todo su pensamiento aspira, sustituyendo la palabra auténtica de la poesía por la vacuidad de los puros conceptos, no podemos referirnos a su pensamiento nombrando simplemente su “razón poética”, así como se ha afirmado reiteradamente, sino que habría que nombrar también una “razón materna”, capaz de adentrarse en lo más oscuros abismos para dar a la luz un pensamiento auténticamente fecundo.

Como escribe la filósofa en el *Prólogo de Filosofía y poesía*, libro “nacido, más que construido” (Zambrano, 2015, p. 683) en un momento de extrema dificultad, el movimiento generador que aquí intentamos delinear no puede prescindir del ahondamiento en las más oscuras zonas del ser, así como nos muestra la Virgen María, cuya imagen salvadora nos enseña a hacerse guiar solo por el amor. Escribe Zambrano:

Sabido es que lo más difícil es no ascender, sino descender. Mas he descubierto que el condescendimiento es lo que otorga legitimidad, más que la búsqueda de las alturas. La virtud de la Virgen María no fue el encumbrarse, sino el condescender; eso sí, no sola. Y no pretendo que en mí se cumpla, ni

en este libro especialmente, la virginal virtud. No podría ser. Pero si veo claro que vale más condescender ante la imposibilidad, que andar errante, perdido, en los infiernos de la luz. Júzgueme pues el eventual lector, desde este ángulo; que he preferido la oscuridad que un tiempo ya pasado descubrí como penumbra salvadora, que andar errante en los infiernos de la luz. Es mi justificación. Júzgueme, pues, el amor, y si de tanto no soy digna, júzgueme pues la compasión. Y no digo más, creo que sea bastante, para el inverosímil, pero no imposible, lector. (Zambrano, 2015, p. 686).

El “condescender” aquí evocado no será un acomodarse por conveniencia al pensamiento o a la actitud del otro, sino que indica un movimiento descendente que hay que interpretar como un acercamiento a los abismos oscuros de la realidad, capaz de adentrarnos en profundidad hasta lo más esencial del ser. Solamente descendiendo, adentrándose en las *entrañas* de la realidad, será posible para el hombre ascender nuevamente hacia esa “penumbra salvadora” aquí evocada, desde la cual surge la claridad tenue de cada nueva vida.

Se trata de un método que se propone indagar la realidad en sus más remotos pliegues, en esas oscuras zonas donde el racionalismo occidental, con su ansia definitoria, no ha logrado alumbrar. En el corazón mismo de la materia, en el lugar donde cada ser germina, será posible entonces dejarse guiar por una luz que se engendra donde mayor es la oscuridad, siempre fiel a la realidad en sus diferentes planos. La luz que alumbra la obra de María Zambrano nos muestra entonces su trato piadoso, capaz de “saber tratar adecuadamente con lo otro”⁴ (Zambrano, 2011, p. 227) y de acoger, como una Madre, la vida misma, siempre respetando la alteridad.

La “penumbra tocada de alegría” (Zambrano 2016, p. 428) de los años juveniles acompañará a la filósofa española durante su larga existencia, iluminando los profundos abismos que ha tenido que atravesar durante su vida. Es una luz Virgen, pura y generativa a la vez, la que orienta el pensamiento y la vida de la filósofa desde esa juvenil intuición, una luz “maternal” que acoge sin juzgar, perfectamente encarnada en María Inmaculada, figura que muestra, con las palabras de Zambrano, “la absoluta pureza y [...] la fecundidad, pues

⁴ El “saber tratar adecuadamente con lo otro” es la expresión que María Zambrano utiliza para referirse a la piedad.

que es madre” (Zambrano, 2016, p. 522). Nuestra filósofa nos orienta, de esta forma, hacia una verdadera transformación del pensamiento. Se trata, con las palabras de Zambrano, de una:

alquimia del pensamiento claro, de la luz [...] en conexión [con] el culto a la Virgen María, a la santa Virgen [...] prefijada o presupuesta en las aguas amargas del primer día de la creación, cuando el Espíritu Santo reposaba sobre ellas antes de la creación. En ella, pues, se da el tránsito mismo; y así, aunque parezca indecible, y no dejo de enrojecer al decirlo, para mí la Virgen está identificada con el saber filosófico y lo ampara y lo sigue. (Zambrano, 2014, pp. 723-724).

4. HACIA UN NUEVO MÉTODO: LA IRRADIACIÓN DE LA IMAGEN Y EL CULTO DE LA VIRGEN

Para adentrarnos adecuadamente en la forma de conocimiento al que María Zambrano aspira, es necesario ante todo abandonar la jaula de los conceptos puramente abstractos para seguir un camino que no renuncia al vínculo que, uniendo el pensamiento a la realidad que se nutre de imágenes. Para acompañarnos en el método que la filósofa nos sugiere, será necesario seguir una luz que no se impone sobre la realidad homologándola, sino que, como hemos anteriormente señalado, permanece fiel a esa oscuridad maternal desde la cual ella misma surge. La luz que aquí tratamos de delinear será entonces, como escribe Zambrano en *El hombre y lo divino*, la:

[...] sombría luz de los misterios, la luz que alumbró no a las imágenes visibles, visiones del alma y de la inteligencia, sino al mundo sagrado no revelado todavía, al mundo del padecer humano en todo su misterio y su enigma. [...] Luz contraria a la diafanidad, que hace salir de sí para ser entrevista en clase de presencia, pura palpitación que es un ser humano, el ser que entre todos se presenta envuelto en su alma. Leve resplandor de la luz que corresponde al Dios desconocido. (Zambrano 2011, p. 134).

Se trata de una luz que se irradia desde un cuerpo luminoso, y que, por lo tanto, no puede ser captada únicamente con el intelecto. No se trata de un método irracional, el que aquí describimos, sino, al contrario, el único que permite al hombre un conocimiento verdadero.

María Zambrano nos invita, de esta forma, a seguir un camino que se propone alcanzar la unidad perdida, esa coincidencia entre pensamiento y ser que se ofrece “en una visión, en una intuición, no en un sistema de razones” (Zambrano, 2016, p. 488). Una visión, esta, que no coincide con un sistema, sino que se ofrece en instantes privilegiados que permiten una visibilidad nueva, donde conocimiento y vida se muestran en su unidad.

El método que aquí intentamos delinear muestra por lo tanto la posibilidad de seguir una lógica que, nutriéndose de imágenes, se mueve, como la luz, por irradiación. Se trata de un método que parece expresarse de forma privilegiada en dos versículos del *Ave Regina Caelorum*, una de las antifonas marianas que María Zambrano transcribe en un escrito que lleva el significativo título *Radix, Porta*, que se abre justamente con estas palabras dedicadas a la Virgen: “*Salve radix, salve, porta. Ex qua mundo lux est orta*” (Zambrano, 2018, p. 248). La filósofa nos invita aquí a detenernos nuevamente dentro de una paradoja, que une irremediabilmente inmanencia y trascendencia y sugiere a la vez, en el mismo texto, la salida a esta, solamente aparente, imposibilidad de pensamiento. La llave será entonces el abandono de esa lógica dicotómica y excluyente que alimenta una entera tradición de pensamiento. Guiándonos dentro de este proceso de transformación del pensar y comentando los versículos dedicados a la Virgen anteriormente citados, Zambrano escribe:

La distancia es inmensa, podría ser vertiginosa; esta que las dos imágenes reales despiertan en el alma y en la mente se contraponen es casi excluyente. Sin embargo, no se presenta así porque no se trata de conceptos, de nociones. La imagen funciona con su irradiación. La irradiación de la imagen es su primera forma de trascendencia, paralela en cierto modo a la extensión del concepto.

La unión de estas dos imágenes irradiantes, en tercera potencia por lo menos, se verifica allá, en un punto no situado en el infinito – como apresuradamente se dijo de la conjunción de las líneas paralelas –, sino en un punto confín que no es límite. Hay el confín que no es límite, sino justamente *Porta*.

Y en el confin, lo que manifiestan estas dos imágenes, no exclusivamente por cierto, es un punto que recoge la inmensidad toda. Un punto situado, sin duda, en el eje vertical de la espiral del tiempo eterno. (Zambrano, 2018, p. 248).

Transformando el límite en abertura, Zambrano encuentra el camino para alejarse de las jaulas de la abstracción, a través de un método que sugiere una vía que no requiere un alejamiento de lo otro, sino, al contrario, permite el encuentro.

Sustituyendo los conceptos abstractos por la luz irradiadora de la imagen, que se genera desde un “punto” o “centro” generador, María Zambrano muestra la posibilidad de una lógica diferente, ajena a toda abstracción. Los conceptos no podrán, por lo tanto, ser “agarrados” por una voluntad externa que pretende apropiarse de algo que no le pertenece –a lo que sí parece aludir la palabra alemana *Begriff* (concepto) y el relativo verbo *begreifen*–, sino que respetarán la potencia generadora de la realidad misma. A la fijeza del concepto que, aislado de la realidad, queda sometido por una voluntad externa que quiere poseer, la filósofa contrapone desde luego la potencia generadora y generatriz de la imagen que, con su potencia irradiante, permite acercarnos a la realidad respetando su heterogeneidad. Se trata de “un método, más que de la conciencia, de la criatura, del ser de la criatura” (Zambrano, 2018, p. 82), un método que permite una visibilidad nueva, capaz de acoger, como una madre, lo otro, sin ansia alguna de posesión. Se trata de una “mirada que todo lo recoge sin juzgar ni discernir, pues no une haciendo homogéneo lo distinto. Su unidad no es la abstracta de ideas y conceptos. Es la unidad viviente. Es *la madre*” (Zambrano, 1951, [M-267]).

Se trata de un horizonte, el que aquí vamos delineando, que rompe con una entera tradición filosófica racionalista que ha privilegiado el concepto abstracto como instrumento de conocimiento privilegiado. María Zambrano nos invita entonces, en contraste con el enfoque meramente racionalista, a encontrar nuevas lógicas, capaces de respetar la generatividad y la heterogeneidad de la realidad, sin la pretensión, tan radicada en el hombre occidental, de someter la realidad a la voluntad del sujeto.

Esta transformación que María Zambrano nos indica, y que es posible hallar justamente en una diferencia de método, se manifiesta en una diferente postura de pensamiento. La actitud del hombre occidental, que se ha dejado guiar por su ansia de posesión, ha terminado por alejarlo de la realidad misma,

ya que, como leemos en *Delirio y destino*, el escrito que contiene la autobiografía de la filósofa: “Nos sentimos libres y dueños y, si seguimos así, sustituyendo realidades por conceptos, podemos enseñorearnos de todo, más ese todo carecerá de... realidad” (Zambrano, 2014, p. 985). Aparece aquí la urgencia de acercar nuevamente el pensamiento a la vida, de sanar esa profunda fractura entre el pensamiento y la realidad que hace que la filosofía misma pueda ser nombrada como “un éxtasis fracasado por un desgarramiento” (Zambrano, 2015, p. 689), un alejamiento operado por el mismo hombre occidental.

En contraste con esta fractura que desconoce no solamente el vínculo que une el hombre a la realidad obscura y generativa, sino que también es incapaz de reconocer la dimensión trascendente del ser humano, María Zambrano propone otro camino, que contrasta con la pretensión, tan radicada en el hombre occidental, de crear a imagen y semejanza divina. Una verdadera ansia de posesión ha guiado al hombre occidental, arrojándolo a la soledad más profunda, en una angustia profunda y estéril donde será posible salir solamente reconociendo la posibilidad de seguir una lógica femenina y generativa que ha sido largamente olvidada por una larga tradición de pensamiento.

Es justamente en la figura de la Virgen Inmaculada que será posible encontrar nuevos horizontes de esperanza, ya que en la imagen de la Purísima Concepción muestra no solamente una pureza que no excluye la fecundidad, sino también “la entrada de la mujer en la creación, la creación divina” (Zambrano, 2016, p. 522).

Será desde luego en el reconocimiento positivo del vínculo que une el hombre a la realidad obscura y materna, que será posible renunciar a toda ansia de posesión, encontrando una salida a esa cultura que, echando en el olvido su matriz femenina, se ha quedado en una “soledad masculina, viril, creadora” (Zambrano, 2016, p. 522).

5. LA MATRIZ MATERNAL DEL PENSAMIENTO

Para adentrarnos adecuadamente en la fecundidad del pensamiento que María Zambrano nos brinda, es imprescindible mostrar cómo el cambio de paradigma anteriormente citado, que rescata del olvido la condición ontológica del

hombre como “ser natal” y no solamente mortal, nos permite sacar a la luz un pensamiento auténticamente femenino, que no ha olvidado su rasgo maternal.

Es justamente en la capacidad materna de ensancharse para hacer espacio a la luz de “otro yo” que es posible hallar la generatividad del pensamiento que la filósofa nos ofrece. De lo que aquí se trata es de dar cuenta de un ejercicio de coherencia con la realidad misma y de abertura a la vez que nos pone en una relación siempre respetuosa de las diferencias. En el movimiento acogedor de saber aceptar lo que es diferente de uno mismo, tan perfectamente simbolizado en la capacidad materna de acoger, de saber hacer espacio a *otra* criatura, podemos hallar la renuncia a toda pretensión de posesión.

El nacimiento se convierte entonces en un método de pensamiento que indica un movimiento que, sin prescindir de ese vínculo originario con la raíz de la cual procede, rompe con la homologación para irrumpir en la realidad con toda su fuerza inédita. Una unión, la que aquí intentamos mostrar, que enlaza nuevamente el pensamiento a la realidad, rescatando del olvido no solamente la capacidad generativa materna, sino, más ampliamente, la fecundidad propia del pensamiento femenino. Es desde este enfoque que la misma experiencia de la maternidad puede simbolizar la capacidad generativa, propia de la mujer, de pensar a partir de la experiencia, desde su propio sentir.

Si todos podemos estar de acuerdo sobre el hecho de que la maternidad no ha sido considerada como un asunto filosóficamente relevante hasta fechas relativamente recientes⁵, no han faltado, en los últimos años, pensadoras que se han atrevido a filosofar desde sus propias experiencias de maternidad. Es el caso de Carla Canullo, que en su libro *Ser madre. Reflexiones de una joven filósofa*⁶ nos muestra la posibilidad de pensar a partir desde la carnalidad de su mismo cuerpo. Sin limitarse a la maternidad meramente biológica, la autora muestra la posibilidad de un pensamiento que, evitando recaer simplemente en el íntimo o lo privado, nos enseña la posibilidad de no separar la filosofía de ese movimiento generativo que cada nacimiento implica.

⁵ Cf. sobre el tema Villarrea Requejo, S., Cuando los sujetos se embarazan. Filosofía y maternidad. *Dilemata* (año 7, 2015), p. 1. <https://www.dilemata.net/revista/index.php/dilemata/article/download/367/372/1377>

⁶ Cf. Canullo, C. (2009). *Essere madre. La vita sorpresa*, Cittadella Editrice; tr. esp. de Rubio Morán, L. (2015), *Ser madre. Reflexiones de una joven filósofa*, Sígueme.

La maternidad se configura entonces como un auténtico “gesto de libertad que acompaña, aun imperceptiblemente, nuestra apertura al mundo y sobre el mundo; un gesto de apertura que nos corresponde realizar y nos impulsa a acoger como *un amanecer de renovadas bendiciones*”⁷ (Canullo, 2015, pp.8-9). Un amanecer que reenvía, una vez más, a la metáfora de la aurora, que con su luz abre al nuevo día con toda su fuerza inédita. Es, con las palabras de Canullo, “la sorpresa [que] nos sobresalta, pero siempre y cuando encuentre a quién está ya abierto, dispuesto a la novedad” (Canullo, 2015, p. 9).

La actitud de abertura hacia la vida es lo que se destaca también el texto de otra joven filósofa, María Martín Gómez, que en su *Diario de una filósofa embarazada* muestra la capacidad materna de acoger a la vida. Desde los cambios que el embarazo provoca en su mismo cuerpo, la autora se cuestiona sobre el origen y el desarrollo de ese nuevo ser que se presta a hacer su ingreso en el mundo.

Auténticamente sorprendida delante de la fuerza inédita de esta poderosa transformación que implica cuerpo y pensamiento a la vez, Martín Gómez constata como “no hay nada tan admirable para una mujer como los procesos que de repente vive su cuerpo desde el mismo momento en que el óvulo es fecundado” (Martín Gómez, 2021, p. 17). El resultado es un pensamiento que nunca es desligado del sentir y se traduce en una forma de filosofar auténticamente femenina donde “el cuerpo es [...] una parte esencial de nosotros mismos y el instrumento con el que nos relacionamos con lo que nos rodea” (Martín Gómez, 2021, p. 18).

Pensar desde la propia experiencia de madre permite a la autora enfocarse en una perspectiva que rescata la imprescindible reflexión sobre el origen mismo de cada individuo y sobre su imprescindible naturaleza relacional.

6. LA AURORA, METÁFORA DEL NACIMIENTO

Para mejor orientarnos en el pensamiento que Zambrano nos ofrece, podemos buscar ayuda justamente en la metáfora de la *aurora*⁸ anteriormente citada,

⁷ Cursiva mía.

⁸ La búsqueda del Oriente es uno de los temas principales del sufismo iraní, sabiduría no ajena

figura imprescindible en el pensamiento de la filósofa y que nos puede servir de indicador para toda su filosofía. La aurora, esa luz que nace desde la noche, desde la oscuridad más profunda, surge aquí como metáfora del movimiento mismo del nacimiento.

Se trata de una luz que no se impone sobre la realidad homologándola, como la luz cegadora del Sol del Mediodía, sino que surge lentamente, desde la oscuridad del sentir, y que se muestra, con su claridad tenue y temblorosa, solamente después de haber atravesado los más oscuros abismos. El color rojo de la aurora, con todos sus infinitos matices, parece ser entonces el vivo testimonio del dolor atravesado, y su luz se muestra como “gotas de sangre celeste diluidas” (Zambrano, 1989, p. 200), mientras el hombre aparece como “hijo de esa herida celeste” (Zambrano, 1989, p. 200). El fondo oscuro desde el cual la vida misma brota hará, por lo tanto, alusión a las *entrañas maternas* de la realidad, ese primer vínculo generativo que testimonia la relación entre el ser humano y las oscuras matrices desde las cuales el hombre mismo ha nacido.

Esta “implacable aurora sangrienta” (Zambrano, 2018, p. 253) se nos presenta entonces como una figura que nos permite recuperar la potente analogía con la capacidad generadora de la Madre, desde cuyas *entrañas* surge la vida. A través de la metáfora de la Aurora la potencia generativa materna vuelve así a cobrar su importancia, y su luz será, con las palabras de María Zambrano, “el anuncio, la señal, de un cuerpo invulnerable que nazca, [que] crezca libre de toda amenaza, imposible de morir. Condenada, ¿o elegida?, a no morir” (Zambrano, 2018, p. 233). Ella “fuente de la fuente” (Zambrano, 2018, 233), es la imagen del origen primordial de la vida, luz generadora capaz de atravesar, una y otra vez, los abismos oscuros de la muerte, gracias a su capacidad de volver a nacer, intacta, en cada amanecer. Es una “luz Madre”, la que aquí surge, como nos muestra la filósofa malagueña cuando afirma: “En alguna parte del cosmos la aurora tiene un hijo, o varios a la vez. Ella no muere, y da a la luz, al fin y al cabo, al mismo tiempo que es la fuente de la vida” (Zambrano, 2018, 233). La luz auroral que nace de Oriente es, en consecuencia, el

a María Zambrano, como testimonia el libro, custodiado por la “Fundación María Zambrano”, de Corbin, H. (1971). *L’homme de lumière dans le soufisme iranien*. Présence.

“*alba humana*” (Zambrano, 2011, p. 399), metáfora del nacimiento y de la Creación entera, como leemos en *Persona y democracia*:

[...] no sería posible que sólo en Occidente el hombre alborease. Allí donde primero apareció el hombre, debió aparecer como una aurora, como una herida, pero por donde se filtra la luz a modo de sangre de la creación. El alba es la hora más trágica del día, es el momento en que la claridad aparece como herida que se abre en la oscuridad donde todo reposa. Es despertar y promesa que puede resultar incumplida. Mientras que el ocaso se lleva consigo el día ya pasado con la melancolía de lo que ya fue, mas también con su certidumbre y su cumplimiento. Y el hombre jamás está cumplido, su promesa excede en todo su logro y sigue en lucha constante, como si el alba en lugar de avanzar se extendiese como tal alba, se ensanchase, y su herida se abriese más profundamente para dejar paso a este ser no acabado de nacer todavía (Zambrano, 2011, pp. 399-400).

Es en la capacidad materna de *ensancharse*, de salir del confin del dominio para hacer espacio a *otra criatura*, que hallamos el pensamiento generativo que María Zambrano nos ofrece, capaz de unir inmanencia y trascendencia a la vez.

La metáfora de la *madre Aurora* aparece también en un escrito que precede al texto *De la Aurora*, donde la filósofa comenta la teoría del antropólogo Georges Dumézil (1898- 1986) de la *Mater Matuta*, antigua deidad romana venerada como diosa de la Aurora. Zambrano alude aquí a la aurora como metáfora universal capaz de sostener todas las otras, y escribe al respecto:

No son tantas, ni podrían serlo, las metáforas universales, las indispensables han debido de ser. Han debido, fueron, porque entre ellas alguna debió de quedar sumergida, no más anunciada. Y algunas, enterradas o enmuradas todavía aleteantes. Otras, circulando hasta desgastarse. Y no sabemos más que en vislumbres y sospechas si hay una, una sola, que sostiene a todas las demás, y que, en el caso de que existiera, sostendría o sería la palabra misma. La palabra, esa pura y rara vez audible, que, por una sola vez, según diversas tradiciones acerca de la creación o aparición del Universo, ¿fue ya una metáfora? La sílaba Aum -Om- según los Vedas, o el Fiat Lux del Génesis. Metáforas dadas al hombre para que se entienda consigo mismo, para que sea él mismo, y para que se las entienda con el universo visible, con la tota-

lidad, sombra del Uno, más allá de su obra o escondido quizá en ella, o circulando de incógnito entre ella. (Zambrano, 2018, p. 215).

Mater Matuta, es la luz auroral que nace desde Oriente, signo tangible de la capacidad generativa materna. A esta luz auroral y materna Zambrano se mantendrá fiel durante toda su existencia, como testimonian también las palabras que la filósofa escribe sobre el significado del *Fiat lux* del Génesis, en ocasión del discurso pronunciado durante la ceremonia de entrega del Premio Cervantes, cuando afirma: “¿Tal vez habría que modificar que en el principio era la madre? No, en el principio era la luz, y la luz es siempre virgen, es siempre madre” (Zambrano, 2014, p. 762). Una virginidad, la que aquí encontramos, que no contrasta con la pureza de un pensamiento que no ha renunciado a la fecundidad, perfectamente encarnado en la figura de “la Virgen casta, pura y madre” (Zambrano, 2015, p. 718).

7. UN SABER MATERNAL

La Aurora no es solamente metáfora, sino también guía que nos puede ayudar a delinear el movimiento mismo del nacer. Como un imán que con su fuerza atrae irresistiblemente, es imagen que marca el método que aquí vamos precisando.

El saber auroral y maternal al que María Zambrano hace referencia se presenta, no simplemente como un comienzo, sino como un “centro” generativo y generador desde el cual la vida misma surge, que se alberga en la parte más íntima y oscura del ser. Tal y como señala la filósofa española en su escrito *Las tinieblas de la Aurora*: “En el ser humano, como se sabe, anda la luz escondida en las tinieblas, siendo ella, la luz, lo inicial. Y así, la Aurora es, no el comienzo, sino el centro del día en medio de la noche, el día-noche, la luz-tinieblas, que luego se separan sin perderse la una en la otra. La vida misma, pues.” (Zambrano, 2018, p. 248).

Se trata de la misma luz capaz de poner en circulación la respiración misma del ser humano, la que marca su más primordial instinto de sobrevivencia. De manera similar a la luz tenue del amanecer, la luz del ser será entonces como:

[...] una centella de fuego que no abrasa, aunque traiga a veces pena, la fatiga de respirar por entero, como si el respirar todo de la vida atravesara ese ser que entra en ella. Y la respiración se acompasa por esta luz que viene como destinada al que abre por ella los ojos. El que así alienta al encuentro de la luz es alumbrado por ella, sin sufrir deslumbramiento. Y de seguir así, sin interrupción, vendrá el ser como una aurora (Zambrano, 2018, p. 87).

De acuerdo con ello, es la luz imán único, centro que atrae el cumplimiento de todo ser, que ilumina derramando su luminosidad, un fuego invisible y vital, “sustancia formada a partir de la inspiración primera en el inicial respiro” (Zambrano, 2018, p. 87). En cada despertar, el ser preexistente es atraído por esa luz que, tanto o más aún que el espacio y el tiempo, es “un *a priori* del ser humano o del ser de todas las criaturas” (Zambrano, 2018, p. 91).

Se trata de una luz que se origina desde las *entrañas* mismas del universo, en la oscuridad del sentir. Es, en el ser humano, lo inicial, el centro en medio de la oscuridad, una “luz madre” que marca el ritmo del universo entero, con sus sombras y sus luces, sus noches y sus días, sus tinieblas que se alternan con una claridad prometedora, eludiendo la oposición, como nos muestra, paradigmáticamente, una vez más, la figura de la Virgen, “Ella, la que llora sin espadas ni cuchillos. La lágrima solar que se vierte sin razón [...]. Ella, la lágrima, la misma Virgen, luz sin llama, ser y vida...” (Zambrano, 2014, p. 629).

Aparece aquí, una vez más, la posibilidad de renacer, nuevamente, bajo una nueva luz. De esta forma, la noche se convierte en un lugar de visibilidad nuevo donde, paradójicamente, el mismo ser se muestra, donde lo más secreto y oculto se da a ver. En un significativo manuscrito, Zambrano escribe:

La noche ha sido una diosa, cuando había dioses – muchos – en el alma de las gentes. Cuando se ha creído en un solo Dios, la noche ha sido un lugar del ser, un lugar donde sucedían cosas, acontecimientos, revelaciones que en ella encontraban las condiciones mejores para darse. Porque la noche es prometedora con su oscuridad. Y así las tinieblas, esas que todas las creencias religiosas y el corazón del hombre espontáneamente identifican a lo más temeroso no es propiamente la noche, sino en determinadas pasiones, cuando otras circunstancias se añaden a su maternal oscuridad (Zambrano, 1965, [M-109]).

Por lo tanto, la “maternal oscuridad” de la noche será el lugar donde la luz del ser mismo germina una y otra vez, allí donde noche y día, sueño y vigilia, verano e invierno se conjugan, donde no hay ocaso. La aurora será, desde luego, la que permite “respirar en la luz, y respirar su luz misma en sus pálidos y apenas visibles colores, sin casi vibración aun” (Zambrano, 2018, p. 219), signo tangible e imagen de la capacidad generativa materna, la única capaz de salvar al hombre.

8. CONCLUSIONES

La fidelidad a ser mujer es el gran don que la filósofa española nos ha dejado, convocándonos a la tarea de seguir haciendo generativo su pensamiento, sin caer nunca en las jaulas de la abstracción. Un ejercicio difícil y simple al mismo tiempo, si no olvidamos nuestro íntimo vínculo con la realidad generativa y materna, sin dejar que el pensamiento se aleje de la vida y se vuelva rígido, mortífero, incapaz de seguir el movimiento transformador de la vida.

María Zambrano invita al hombre a un ejercicio diario de coherencia, de adhesión a la realidad, a una fidelidad a nuestro mismo ser que exige siempre atravesar los abismos oscuros del sufrimiento para poder trascenderse continuamente a sí mismo y salir siempre, y nuevamente, a la luz. Se trata de un movimiento que, adentrándose en los más profundos abismos, permite salvar de la indistinción lo que aspira a ser salvado por la luz, rescatando del olvido también ese hijo prematuramente desaparecido, y transformando el dolor de esa pérdida en nuevos horizontes de esperanza y resurrección.

Solamente adentrándose en los abismos más oscuros, “allá abajo, en la Tierra” (Zambrano, 2011, p. 1146), en esa “eterna oscuridad” (Zambrano, 2012, p. 104) donde su niño descansa, será posible renacer bajo una nueva luz. Un método, el que aquí hemos tratado de delinear, que une inmanencia y trascendencia a la vez, y que, sin renunciar a la generatividad de la realidad, nos recuerda como “la Cruz nace desde las aguas, desde el abismo de las aguas de abajo que por ella se hacen de arriba, o son su equivalente aquí” (Zambrano, 2014, p. 554).

Es desde esta misma perspectiva que el nacimiento se transforma en método de pensamiento, el único capaz de expresar esa adhesión a la realidad que

es a la vez abertura hacia el otro y fidelidad al origen. Siguiendo el movimiento mismo del nacer que aquí hemos intentado esbozar, será posible proceder en el camino fecundo y generativo que la filósofa nos indica, sin caer en lo preconstituido, en lo prefabricado, sino dejando siempre, y de nuevo, espacio a lo inédito.

El método que aquí hemos intentado delinear nos muestra entonces como el concepto no sea algo que hay que buscar en los cielos de la abstracción, ni tampoco algo que podamos poseer. Al contrario, la noción de “concepto” que aquí intentamos delinear habita aquí en la tierra, en las *entrañas* maternas de la realidad, allí donde es posible *concebir* hasta hacer espacio, siempre y nuevamente, a una nueva e inédita forma de vida.

El “concepto” recupera entonces su antigua matriz generativa, escondida en su largamente olvidada etimología latina que trae nuevamente a la memoria el *conceptus* –término derivado del verbo *concipere*, “concebir”– para mostrar como la capacidad de engendrar sea siempre profundamente vinculada a su matriz femenina (Cf. Zucal, 2024, p. 30; Cavarero, 2021, p. 64).

En ese vínculo con la realidad que no excluye la trascendencia, el hombre podrá reconocerse entonces, ante todo, como *criatura*, renunciando definitivamente a esa pretensión, tan radicada en el hombre occidental, que ansía apoderarse de la realidad sin respetar el íntimo nexo con la oscura y sagrada matriz de la vida. El “concebir” recupera entonces, en el léxico filosófico, todo ese imaginario del engendrar tan bien expresado en la capacidad generativa materna, salvando el hombre de las jaulas de un pensamiento que ha pretendido divorciar de la vida misma.

9. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Canullo, C. (2009). *Ser madre. Reflexiones de una joven filósofa*, tr. esp. de Rubio Morán, L. (2015), Sígueme.
- Cavarero, A. (2021). *Il femminile negato. La radice greca della violenza occidentale*. Pazzini. Primera edición 2007.
- Corbin, H. (1971). *L'homme de lumière dans le soufisme iranien*. Présence.
- Martín Gómez, M. (2021). *Diario de una filósofa embarazada*, Tencos.

- Villarme Requejo, S. (2015). Cuando los sujetos se embarazan. Filosofía y maternidad. *Dilemata* (año 7), p. 1.
<https://www.dilemata.net/revista/index.php/dilemata/article/download/367/372/1377>.
- Zambrano, M. (1951). *Caracas. La piedad*. [M-267]. Fundación María Zambrano.
- Zambrano, M. (1965). *El ser oculto*. [M-109]. Fundación María Zambrano.
- Zambrano, M. (1989). *Diotima de Mantinea*. En Ead., *Hacia un saber sobre el alma*, Alianza Editorial, Madrid 1989.
- Zambrano, M. (2011). *El hombre y lo divino*, en Ead., *Obras Completas III*. Galaxia Gutenberg. Original de 1955.
- Zambrano, M. (2011). *Persona y democracia*, en Ead., *Obras Completas III*. Galaxia Gutenberg. Original de 1958.
- Zambrano, M. (2011). *La tumba de Antígona*, en Ead., *Obras Completas III*. Galaxia Gutenberg. Original de 1967.
- Zambrano, M. (2007). *Filosofía y educación. Manuscritos*. Editorial Ágora.
- Zambrano, M. (2012). *Cartas inéditas* (a Gregorio del Campo). Linteo.
- Zambrano, M. (2014) *Borrador*. [IV. 11 febrero 1989]. En Ead., *Obras Completas VI*. Galaxia Gutenberg.
- Zambrano, M. (2014). *Escritos autobiográficos. Delirios. Poemas (1928-1990)*. En Ead., *Obras Completas VI*. Galaxia Gutenberg.
- Zambrano, M. (2014). *Delirio y destino. Los veinte años de una española* en Ead., *Obras completas VI*. Galaxia Gutenberg. Original de 1952.
- Zambrano, M. (2015). *Filosofía y poesía*, en Ead., *Obras Completas I*. Galaxia Gutenberg. Original de 1939.
- Zambrano, M. (2015). *A modo de prólogo*. En Ead., *Obras Completas I*. Galaxia Gutenberg. Original de 1987.
- Zambrano, M. (2016). *El pensamiento vivo de Séneca*. En Ead., *Obras completas II*, Galaxia Gutenberg. Original de 1944.
- Zambrano, M. (2016). *Hacia un saber sobre el alma*. en Ead. *Obras Completas II*. Galaxia Gutenberg. Original de 1950.
- Zambrano, M. (2018). *Claros del bosque*. En Ead. *Obras Completas IV*, tomo I. Galaxia Gutenberg. Original de 1977.
- Zambrano, M. (2018). *De la Aurora*. En Ead. *Obras Completas IV*, tomo I. Galaxia Gutenberg. Original de 1986.
- Zambrano, M. (2021). *Unamuno en su centenario*. En Ead. *Unamuno*. edición e introducción de M. Gómez Blesa, Debolsillo. Original de 1964.
- Zucal, S. (2017). *Filosofia della Nascita*. Morcelliana.
- Zucal, S. (2024). *Storia della filosofia della nascita. Dai Greci a Nietzsche*, vol. I. Morcelliana.